

Los puercos, las vacas y los pollos, ¡qué se pudran!, ¡y los esclavos también!

Lorena Alcocer.

Hoy en día encontrar los objetos que pueden satisfacer nuestras necesidades y gustos no resulta una tarea difícil. El mercado, con su diversidad de tiendas y productos, es capaz de facilitarnos mucho la vida, pareciera ser que lo único que la existencia exige de nosotros es adquirir el dinero y/o crédito suficiente para mantenernos al tanto de los más últimos y maravillosos productos y servicios. ¡Qué sencillo es ahora vivir! ¡Ganar, gastar y disfrutar! Pareciera ser que, al elegir de qué modo quiero adquirir mi dinero y en qué quiero gastarlo, estoy ejerciendo mi más plena libertad. Mientras no tenga un trabajo ilegal, compre productos ilegales y siempre y cuando pague el precio justo que el vendedor exige, estoy siendo un buen consumidor. Si tengo los medios para pagarlo, puedo, por ejemplo, comprar toda la ropa y consumir todos los alimentos que yo desee, al hacer tal cosa, estoy ejerciendo mi derecho.

Ahora bien, ¿qué pasaría si descubriéramos que la compra y venta de nuestros productos favoritos no es un acto tan sencillo e inofensivo como aparece? Desde nuestra perspectiva como compradores todo resulta muy simple: acabo de adquirir dinero, tengo hambre, me gusta la carne, el supermercado la vende y yo la compro. Tengo ahorros, me gusta comprar ropa, en algunas tiendas puedo adquirir mucha por muy bajos precios, me compro, entonces, 5 blusas y dos pantalones. Pocas veces nos preguntamos cosas como: ¿cómo llegó ese pedazo de carne al supermercado?, ¿cuántas vacas necesitan ser asesinadas para llenar todas las repisas de la zona de carnes de todos los supermercados de mi ciudad o del mundo?, ¿cómo viven esas vacas? o ¿cómo es que la ropa de Forever 21 es tan barata?, ¿quienes fabricaron todas estas prendas? Y, si son tan económicas, ¿cuánto les pagan a estas personas por fabricarlas?

En orden a satisfacer los gustos alimenticios de nosotros los consumidores, billones de vacas, cerdos y pollos son encerrados en jaulas tan diminutas que muchas veces no son capaces de girar sus propios cuerpos o de recostarse, en su corta vida jamás llegan a dar unos cuantos pasos o ver la luz del sol. Vacas y pollos son forzados mediante técnicas crueles a dar más leche y huevos de los que naturalmente producirían. Para disfrutar de unos cuantos bocados deliciosos privamos a millones de animales de una vida digna. Exigimos cariño y cuidado para perros, gatos y otros animales domésticos pero le negamos tal derecho a cerdos, vacas, pollos, ovejas, etcétera. En orden a satisfacer nuestro gusto por la ropa, millones de personas, principalmente mujeres y niñas de países en

situaciones desfavorables, se ven obligadas a trabajar en espacios de poca ventilación, respirando potentes tintes industriales, jornadas laborales muy largas y muy mal pagadas para empresas multimillonarias. Tiendas como Zara, Bershka y Pull and Bear, pertenecientes al mismo grupo empresarial, Inditex, son responsables de la esclavitud en una diversidad de países vulnerables como India, Bangladesh, Camboya, Vietnam e incluso España misma, su país de origen.

Si fuéramos conscientes o nos interesáramos cada vez más por el origen de los productos que nos ofrece el mercado y que tanto placer nos producen, ¿podríamos seguir exigiendo nuestro derecho como compradores del mismo modo? Si tengo el dinero y tengo las ganas, ¿tengo más derecho que los animales de granja y los trabajadores del tercer mundo? ¿Degustar un rico filete y lucir a la moda son causas que justifican una vida de sufrimiento y la muerte de otros? ¿Puedo orgullosamente exigir mi libertad para comprar lo que se me antoje al mismo tiempo que le niego la libertad de vivir a otros?